



Demasiado tiempo libre para los que no tienen otros recursos culturales que la poca escuela oficial, se convierte en pura ociosidad. Es decir, en la pérdida miserable del tiempo, que pagan sobre todo los sectores sociales más desfavorecidos, sin otra alternativa mejor que la calle o la selva de internet.

¿Y la jornada continua?

Adolfo Palacios (S)

La jornada continua, intensiva diría yo, se ha ido extendiendo por España, excepto en tres comunidades norteñas. Supongo que irá a más, con el cambio climático. En la mía, Cantabria, también se ha impuesto; son algunos colegios privados los que la mantienen partida. Creo que la Consejería ha dejado que se imponga porque sale más barata en comedor y transporte escolar, aunque aparentó resistirse, poniendo condiciones, como que un alto porcentaje de padres la votasen. Dijo también, ante alguna protesta, que se haría una evaluación. No se ha hecho.

La gente parece contenta. Yo creo que ese estado de opinión tiene como base un país donde no se entiende la educación ni su importancia. Y que los padres prefirieron votar sí confiando en el discurso de los maestros, o también temiendo que, si se les contrariaba, pasasen a trabajar enfadados. También habría, claro, quien simplemente prefirió la nueva jornada.

Los docentes tienen que trabajar 37'5 horas semanales, que incluyen 2'5 horas (media hora al día), que pueden hacerse en casa, o en el colegio, por ejemplo para reunirse, si quedas con colegas que tengan como tú la intención. Datos que no todos los profesionales saben.

La jornada continua parece ideada para imposibilitar hacer nada fuera de lo que es el estricto dar clase, ni siquiera queriendo: antes de la hora de entrada (demasiado temprana), hay prisa; y a la salida ya es hora de comer, tardía incluso, y la mente tampoco rinde bien, tras demasiadas horas seguidas; seguidas para los niños -el aprendizaje hay que dejarlo reposar para que consolide-, y también para los maestros, con sesiones que se van agolpando insuficientemente preparadas. Se suprimen tiempos “intersticiales”, tan

valiosos antaño, como cuando ensayábamos teatro con voluntarios al atardecer... Y el día en el que son concentradas las horas no lectivas, para claustros y tal, el uso del tiempo queda casi por entero a criterio del equipo directivo; se quedan por el camino encuentros que se habrían precisado -con colegas, con padres, con alumnos-, además de olvidarse incidentes que debieron haberse abordado en su momento... Sumemos, a ello, la indeseable mezcla de recreo con tentempié, con la consiguiente suciedad, en el suelo y en la salud dental.

“Así los niños pueden hacer cosas por la tarde”, se dice. Como si no hubiera fines de semana y vacaciones. Como si no tuviéramos que cuidar de que lo primero, para un niño, cubiertas sus necesidades, sea la cabal adquisición de los aprendizajes. Y ya sabemos qué clase social resistirá mejor una escuela tan presurosa (tiene también “la escuela” en su entorno extraescolar), y a quiénes acabará perjudicando tanto “tiempo libre” por la tarde.



H

a

c

e

n

c

a

s

o